

¿Quién curará nuestras heridas?

Introducción. Os voy a contar la historia de las pintadas y los grafitis en los muros de la parroquia. Es muy difícil permanecer indemnes a las pintadas y firmas en los muros de los edificios y del mobiliario urbano. Durante unos años en el barrio respetaron la fachada de la parroquia, pero en los últimos meses la situación está cambiando. Proclamas políticas, acusaciones de ser una iglesia rica, amante del dinero, o formada por pederastas, han dejado su huella en los ladrillos de la parroquia. A los pocos días, en otro color, aparecía un: ¡Viva Cristo Rey! Que añadía colorido y fealdad a los sencillos muros de la parroquia. En un primer momento viví una profunda tristeza porque sentía que había rabia en los mensajes, impotencia, vulnerabilidad. Llamamos al ayuntamiento para informarnos sobre si lo podían limpiar ellos, o si al ser una institución privada nos tocaba a nosotros limpiarlo. Tras varias consultas nos dijeron que nos tocaba a nosotros buscar una reparación. Un buen día un vecino decidió buscar una solución y con un color que se parecía poco al original, cubrió las pintadas, a los pocos días aparecieron más, como en una especie de guerra y de competición. Al inicio de este año nos informamos de que una empresa era capaz de limpiar todos los grafitis y contratamos sus servicios. A ver lo que nos dura, pero me ha ayudado el proceso de ver como algo que estaba bien, se ha estropeado por el vandalismo, pero nunca el daño es irreparable, siempre hay posibilidades de restauración.

Lo que Dios nos dice. Así es la obra salvadora de Dios con nuestras vidas. También en nuestro corazón hay pintadas, heridas cicatrices, comentarios que nos hieren y ofenden, personas con actitudes vándalas que, en vez de embellecer, nos rompen, nos afean, nos ensucian. Del mismo modo que me hago consciente que las palabras, los juicios, las opiniones que vierto sobre los demás también pueden herir y dejar feas huellas en las vidas de mis hermanos. Hay épocas de nuestra vida que nos resignamos, intentamos disimular lo feo, lo sucio, lo roto, con una capa de maquillaje o de pintura, pero que no es capaz de ocultar la agresión ni de evitar el dolor ocasionado. Aceptamos con una indefensión aprendida que somos vulnerables, que nada podemos hacer para evitar el daño y el sufrimiento en nuestra historia. Pero es por pura ignorancia porque hay posibilidades reales de restauración y de renovación.

Es lo que Jesús le dice a Nicodemo: ***“Jesús le responde: Te aseguro que, si uno no nace de nuevo, no puede ver el reinado de Dios. Le responde Nicodemo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Podrá entrar de nuevo en el vientre materno para nacer? Le contesta Jesús: Te aseguro que, si uno no nace de agua y Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.” Jn 3,3-5.***

Nacemos de nuevo por el bautismo, por la fuerza restauradora del amor de Dios que nos hace nuevos. Es capaz su amor y su misericordia de hacernos creaturas nuevas si dejamos que nos limpie, que nos sane, que nos renueve. Para ello tenemos que disponer nuestra vida y ofrecerla tal y como está, sin disimulos ni vergüenzas. La confianza de quien se pone en las manos de quien mejor nos conoce y con su delicadeza y con su firmeza es capaz de restaurar todo lo bueno que somos y devolvernos a ese estado original de pureza y de belleza cuando por puro amor nos creó y nos dio la vida.

“Al pasar vio un hombre ciego de nacimiento. Los discípulos le preguntaron: Rabí, ¿quién pecó para que naciera ciego? ¿Él o sus padres? Jesús contestó: Ni él pecó ni sus padres; ha sucedido para que se revele en él la acción de Dios. Mientras es de día, tenéis que trabajar en las obras del que me envió. Llegará la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo. Dicho esto, escupió en el suelo, hizo barro con la saliva, se lo puso en los ojos y le dijo: Ve a lavarte en la alberca de Siloé –que significa enviado–. Fue, se lavó y volvió con vista.” Jn 9,1-7.

La acción de Dios se revela de muchas maneras, pero un lugar privilegiado en el que siempre la podemos encontrar en curando nuestras heridas, lavando nuestros pies. Su bondad y su amor se muestran diariamente en nuestras vidas con todos los dones que se nos conceden, desde la salud, los talentos y capacidades que tenemos, las personas que nos rodean en los que podemos reconocer su amor eterno. Pero su posición frente a nuestra fragilidad es la del sabiendo que es la Vida, nos rescata de nuestras faltas de vida. No nos quiere viviendo en la mediocridad, o en el conformismo, sino en la vida abundante que nace del sabernos amados y acompañados en todos los pasos de nuestra historia.

“El ayuno que yo quiero es éste: abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; compartir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no despreocuparte de tu hermano. Entonces brillará tu luz como la aurora, tus heridas sanarán rápidamente; tu justicia te abrirá camino, detrás irá la gloria del Señor.” Is 58,6-8.

Cómo podemos vivirlo. Nuestras heridas sanan cuando no nos centramos en ellas, sino que somos capaces de elevar nuestra mirada y descubrir que nuestra vida es útil para ayudar a sanar y a curar las heridas de los demás. Como los viejos muros de nuestra parroquia ha permanecido pacientes frente a vandalismos y mal gusto, pero se han dejado renovar y restaurar y han cobrado la belleza original, así nuestras vidas, por muy rotas y manchadas que se presenten, siempre pueden volver a nacer, volverse a construir cuando las cuida y las recoge el que más las ama y las conoce, nuestro Buen Dios.